

LOS PROTECTORES DE LOS POBRES



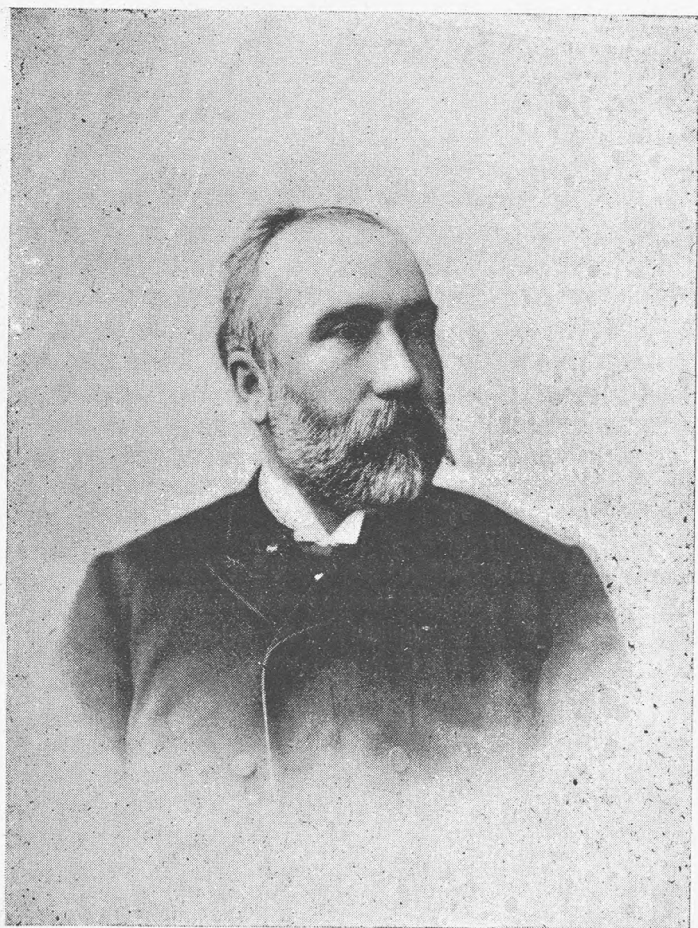
EXCMO. SR. MARQUÉS DE COMILLAS

Vicepresidente



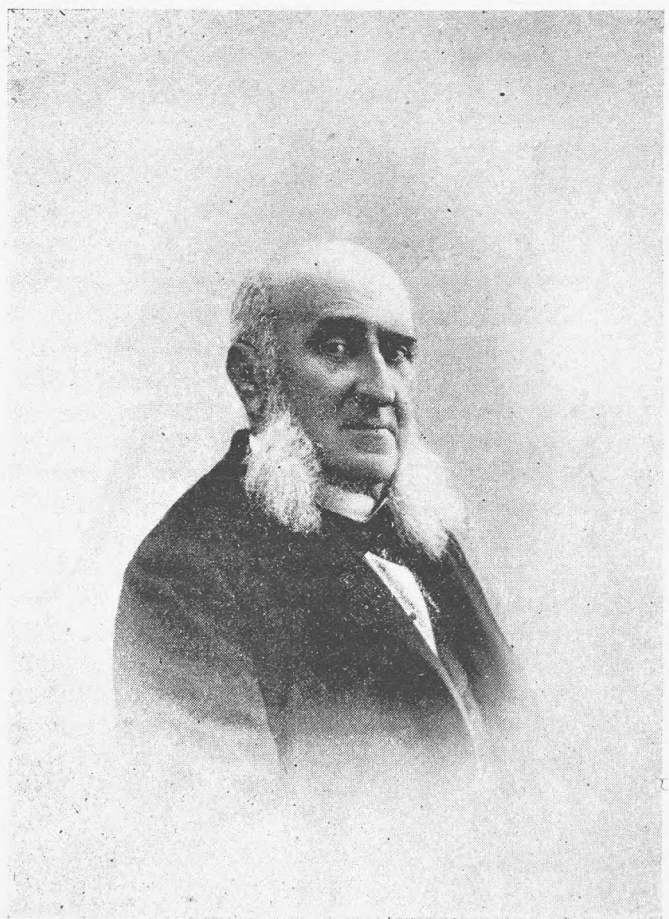
EXCMO. SR. MARQUÉS DE CUBAS

Tesorero



EXCMO. SR. MARQUÉS DE URQUIJO

Vocal de la Junta directiva



EXCMO. SR. D. TOMÁS ARANGUREN

Vocal de la Junta directiva



AL DOLOR

I

Tú nos recoges al nacer, y en vano
es luchar contra ti. Nunca vencido,
la vida universal siempre ha gemido
sujeta al férreo yugo de tu mano.

¡Ay! si en la inmensidad tu soberano
poder, sobreponiéndose al olvido,
el llanto condensase que ha vertido
desde su origen el linaje humano;
si la lóbrega nube reventara
y bajo su espantosa pesadumbre
en lluvia torrencial se desatara,

tocando el mundo en su postrero día,
el diluvio de lágrimas, la cumbre
de los más altos montes, cubriría.

II

¿Quién escapa de ti? ¿Quién tu castigo
evita? ¿Quién se esconde á tu mirada?
Desde que el hombre emprende su jornada
de la cuna al sepulcro, va contigo.

Mas no con torpe lengua te maldigo
¡oh Dolor! cuya fuerza incontrastada,
como Dios sacó un mundo de la nada,
sacas del mal la luz que adoro y sigo.

Fuerte artista que labras tu escultura,
el bloque humano sin piedad golpeas
y el bien arrancas de su entraña dura.

Chispas de tu cincel son las ideas
con que iluminas nuestra noche oscura,
cuando tus obras inmortales creas.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

FRASE HECHA

No hay mayor tontería
que decir esto:

—*Hermano*, Dios le ampare,
no llevo suelto.—

Pues pensará el mendigo:

—¡Vaya un hermano,
que no me da dinero
por no cambiarlo!—

MIGUEL RAMOS CARRION.

EL ÚNICO REMEDIO

En ninguna sociedad bien constituida debería existir la mendicidad. El Supremo Hacedor del universo, que ha provisto á cada ser de los medios de sustentarse; que á cada cual le ha dotado del instinto necesario para conservarse; que hace que la oveja deje parte de su vellón á fin de que luego sirva al avejilla para construir su nido; que todo, en fin, lo ha dispuesto de modo tan sabio y admirable, que hasta el átomo más imperceptible tiene su aplicación y su utilidad, no es posible que sólo á su obra predilecta, al tenido por el Rey de la creación, le haya dejado en el olvido y se dé el caso de que pueda perecer por falta de alimento: no; Dios ha hecho los ricos para que cuiden de los pobres, y si los poderosos de la tierra y los avaros, en vez de atesorar más de lo que una sensata previsión aconseja, emplearan lo que les sobra, no en limosnas, que siempre rebajan al que las recibe, sino en obras útiles y construcciones de lujo, que al par que lisonjeasen su vanidad, diesen ocupación adecuada á brazos que hoy forzosamente permanecen inactivos, sólo serían necesarios los asilos para enfermos, imposibilitados y ancianos, y desahogadamente y á menos costa que hoy, desaparecería por completo ese padrón de ignominia de las sociedades modernas llamado mendicidad. Si á pesar de esto hubiera quien todavía mendigase estando útil para el trabajo, sería un vicioso ó un vago, y con éstos podría nutrirse en parte el ejército, reemplazando en tal servicio, que acaso les regenerara, á los jóvenes que hoy tienen que abandonar sus útiles faenas para cumplir los deberes para con la patria.

No puede haber en un pueblo mayor número de pobres que el que buenamente puede sostener; creer otra cosa sería tanto como negar la sabiduría y la justicia de Dios. Que cumplan los ricos su noble y elevada misión, y la humanidad será lo que debe ser: una sociedad de hermanos que, sin nivelaciones utópicas, vivirá satisfecha, llenando cada cual sus deberes y amándose los unos á los otros, según dispusiera el hombre-Dios en sus elevadas y sublimes enseñanzas.

ALEJANDRO VIDAL.

EL ASILO DE LOS POBRES

Su mano pálida y mustia
tiende á nosotros el pobre,
algo de lo que nos sobre
pidiéndonos con angustia;

Y al socorrer cada día
su desamparo y su pena,
¿quién no siente el alma llena
de silenciosa alegría?

De gozar tal emoción,
que nuestro ser ennoblece,
este asilo nos ofrece
hoy la feliz ocasión:

Que aquí cristiana piedad
acoge consoladora,
la vejez abrumadora,
la solitaria orfandad,

Y aun al tormento mayor
de quien, vigoroso y sano,
demanda trabajo en vano
con reprimido furor.

Venid, pues, los que por suerte
ignoráis el cruel afán
de quien sin techo y sin pan
pide descanso á la muerte!

¡A remediar tanto duelo
venid, y habréis conseguido
el amor del desvalido
y la bendición del cielo!

ANGEL MARÍA DACARRETE.

El charlatán se sirve del público para engañar al público, como el joyero utiliza el diamante para cortar el diamante.

DR. C. LOMBROSO.



SR. D. PEDRO NIEMBRO

VOCAL DE LA JUNTA DIRECTIVA DE «LOS PROTECTORES DE LOS POBRES»

EL AMORRO

Más que virtud es vicio de los más perniciosos á las repúblicas, que va en compañía de repugnantes cualidades y aptitudes en los hombres. Forman su corte y danle guardia la avaricia, la ruindad, la tacañería, la holganza y la inhumanidad. Es gala y ornato de las voluntades flojas, de las energías mezquinas, de los entendimientos botos y de las personas, en fin, totalmente incapaces de concebir grandes y fecundas ideas, y de acometer provechosas y alentadas empresas. Jamás tacaño alguno hizo nada bueno en ningún orden de la vida, ni se llegó á parte ninguna con



la mira en el ahorro y el corazón en la dobla. Ni aun económicamente pasa de un error, causa de miserias, estrecheces y desdichas en los pueblos y en las familias.

No es la templanza, virtud y decoro del alma enlazada con la caridad, ni tampoco la previsión, calidad del entendimiento; pues no hay cosa más imprevista, que el término de un acopio insensato.

Entre la cigarra y la hormiga está el labrador, que deposita confiado en la tierra el grano, para que se multiplique merced al esfuerzo inteligente, á la actividad constante y al espíritu de Dios, que se difunde en la Naturaleza. El desmedido afán de ahorrar, presupone desconfianza en Dios y en las leyes naturales, así como la imprevisión del manirroto un equivocado concepto de la Providencia. Si bien se mira, tanto se excede la cigarra como la hormiga; porque ésta, acumulando mucho trigo, no advierte que lo arrebatarán los temporales. Al cabo la cigarra no hizo tanto daño robando á la Naturaleza gérmenes y semillas, que la primavera fecundase; por eso cuando la tierra despierta á los halagos del sol, la cigarra satisfecha y regocijada canta y goza, mientras que la hormiga

sigue arrastrándose y afanándose en su estéril, penosa y antipática tarea.

El ahorro más tiene trazas de vituperable prolongación del egoísmo, que de hábito meritorio; y es propicia excusa de esas inicuas acumulaciones de capitales inmensos, que traen trastornadas las sociedades y oprimen á los pueblos.

Mil veces el ahorro es disculpa y estímulo de las más feas acciones. Quien sólo en él piensa, es ladrón de sí mismo, cuando no es movido á serlo también de lo ajeno. Es causa de esa miseria orgánica, que amenaza destruir las sociedades, y de esa miseria moral, que ha desarraigado el espíritu de Cristo en las colectividades cristianas.

El ahorro han de realizarlo el Estado, la clase rica, la llamada clase media y los obreros. En el primero se conoce con el nombre bárbaro y sin contenido, *economías*, y tal como suele concebirse, es un desatino cuando no un delito de lesa Nación; en la segunda es un pecado; en la tercera un imposible; para los últimos un sarcasmo.

Después de haber enriquecido el Estado á propios y extraños con la dejación de sus riquezas, dando sus propiedades desamortizadas, entregando á Compañías los ferrocarriles, realizando empréstitos absurdos, se ha dedicado á las *economías*, que acabarán por producir la miseria general, pues, si alguna misión propia tiene aquél, es promover la riqueza pública, lo cual no se hace economizando.

El rico, que ahorra, acrecentando indefinidamente su capital, ya excesivo, es un avaro. Es enemigo de su comodidad, pues el exceso de riqueza más cuidados proporciona, que placeres. Se hace esclavo de su propio dinero y perjudica á los demás, reteniendo sin fruto, lo que repartido, á él daría contento y á sus conciudadanos sustentación.

Tal vez ahorre el mediano, pero se encarga de guardar la hucha el usurero; por donde resulta, que lo que reduce es la vida, no el gasto, puesto que siempre van en el pagar adelantados. Somos los de la clase media, como hidalgos del siglo XVII; los ideales y aspiraciones grandiosos, las necesidades muchas é inevitables los gastos; porque el no existir en el trato social división jurídica, obliga al pobre de levita á vestir bien, al buen porte y á la distinción, que acrecientan, con el refinamiento, la penuria, haciendo más horrible el contraste entre la realidad y la apariencia.

Pensar en el ahorro de quienes luchan sin esperanza por lo más preciso, es la más gentil puerilidad, en que hayan dado los economistas. Para la clase media, á medida que se aumenta el ingreso crece la necesidad, sin que esté en la mano de nadie impedirlo; porque el fenómeno se origina en la misma organización social.

Con próspera y rara fortuna, salud perdurable, buen método y cierto encogimiento, quizás alguno llegue á ahorrar algo trabajando. Excepciones tienen las reglas, y el bien pensar exige benévolos juicios. Mas por lo común, sin herencias, azares de juego ó de especulación, minas ó lotería, pleitos, comerciar hábil y poco escrupuloso y alguna de las varias maneras irregulares de enriquecerse á espaldas del trabajo y súbitamente, es bien difícil, que todo el ahorro de un hombre alcance á poder resistir las imprevistas acometidas de la enfermedad, la paralización, las carestías y los mil accidentes, que adolecen de continuo la vida social, arrastrando la mísera economía de muchos años.

Y si el ahorro es imposible para los cultos y bien situados en las lindes del capitalismo, para los que conocen los secretos de éste, aunque no acierten á practicarlos por escrúpulos del espíritu ó debilidades de la audacia, ¿qué ha de acontecer con el obrero? La ley de la oferta, llamada del bronce, reduce cada vez más el exiguo salario; el progreso, por virtud de la anomalía económica, que produce la actual organización social, acrecienta los paros y merma el jornal. Cuanto más se afane y trabaje el obrero, más disminuye el beneficio, y su esfuerzo va aumentando la renta del propietario, que, sin hacer nada, la acrece.

Las huelgas forzosas y las enfermedades amenguan aquel salario, ya reducido á lo mínimo por la organización económica. De suerte, que, si en el supuesto inverosímil de no perder un día, es absurda la hipótesis del ahorro, porque la ley del bronce redujo el jornal á lo absolutamente preciso para no morir, en la vida real resulta una sangrienta burla.

Por eso, cuando escucho que se aconseja el ahorro al trabajador, sospecho que es chanza, más que deseo y prurito de su bien.



De intento he dejado para lo último el tratar de las economías, que algunos consideran término y perfección de la función financiera del Poder público. Ni para el Estado, ni para nadie, el derroche y desbarajuste administrativos pueden ser provechosos. Mas, si bien se mira, el mal del Tesoro público más está en lo que pierde, que en lo que gasta. Al fin, para el individuo sobreviene daño cierto, cuando desaparece de sus arcas el dinero, aunque de alguna suerte contribuya á la prosperidad general; pues no es consuelo y lenitivo el pensar en que no haya sido estéril un gasto que atenúe los pesares de la propia pobreza. Pero no acontece lo mismo con el Estado, el cual no es al cabo otra cosa que cifra, compendio y forma orgánica de la misma sociedad. Así es, que dinero empleado por el Tesoro en personal y obras, aunque no se reintegre, no es dinero perdido; puesto que acrecienta el bien del pueblo, de donde se nutre y sustenta el mismo Tesoro. No por esto imagino que los gobiernos deben gastar á roso-velloso y sin concierto; entre otras razones, porque la conducta desordenada á ningún fin bueno puede conducir. Lo que sí afirmo es, que entre ambos extremos, el de la economía injustificada y empírica es más dañoso, porque enferma y debilita los servicios, paraliza los naturales movimientos de la riqueza y desvirtúa la función económica del Estado, que debe encaminarse, sin torcerse, ni tomar mal siniestro, á regular la desigual y anómala repartición de los beneficios sociales.

En el Estado sería pecaminoso el ahorro y es censurable la economía, tal como entre nosotros se entiende. Nada hay más fecundo que una peseta por el poder público empleada, y muy pocas veces deja de ser reproductiva, porque retorna en forma de impuestos, cuando no de servicios. Los gastos del Tesoro público tienen maravillosa repercusión y la virtud de promover el bien general. No ya los dedicados á obras públicas y funciones indispensables, pero hasta los que puedan destinarse á personal innecesario aumentan los generales beneficios, estimulando y manteniendo industrias, como se demuestra con el ejemplo de las poblaciones, en que se sitúa ó separa una parte del ejército.

Lo mejor es gastar y bien emplearlo; esto es, procurando que siempre sea reproductivo el empleo, ya en forma de necesario y adecuado servicio del funcionario, ya como ingreso mayor.

En cambio la miseria en el gastar, conduce necesariamente á la miseria en el vivir y á la destrucción de la riqueza general, sin que la tacañería evite el despilfarro, antes bien, sea parte á menoscabar la fortuna del Estado. Antes se arruina una república no mejorando y aumentando las fuentes de ingresos, que malgastándolos; como el individuo que no produce por incuria, aunque se reduzca á misero estado, acaba mendigando.

Resulta, pues, que la cordura en el gastar, el buen juicio para reparar, la vigilancia para producir y el tino para acomodar los beneficios y rentas á las necesidades, cuando es posible armonizarlos con esta vida inquieta, desasosegada é insegura de nuestros tiempos y con los perentorios requerimientos del progreso, pueden, si además se conciertan con la caridad, constituir virtud harto distinta del ahorro, que definen los economistas y exagerándolo practican los avaros, ahorro que degenera á menudo en feísimo y abominable vicio y es causa de las desesperaciones y angustias de las modernas sociedades.

B. ANTEQUERA

VIERNES DE MADRID

No son de mortal silencio como los del *Real* en su cuaresmal clausura, ni son de fastuosidades brillantes como los de la *Comedia* y *Lara* en su «moda» semanal, ni son de fingida mesura como los que en las iglesias elegantes van á empezar para las damas aristocráticas, ni son de disimulada miseria como los de las de Gómez ó las de Pérez del sainete despiadado. Estos «Viernes de Madrid» son los viernes de la miseria franca del arroyo, andrajosa y con estruendo.

Los he conocido ahora, y me han conmovido en lo hondo. El salón en que «los habituados» á tales viernes se reúnen, es mayor que los de cualquier palacio señorial, mayor que el de cualquier teatro en privanza. Tiene por techo el cielo impasible y lo decora la naturaleza misma, esta naturaleza menguada y triste del árido Madrid. Se va á él por el mismo camino polvoriento por donde se marchan de la corte los muertos y por donde viene á la corte la carne que alimenta á los vivos.

Por tal camino se llega al salón de nuestros viernes, á la orilla de nuestro río sin agua, símbolo de nuestra vida sin fruto, y en aquello que tal vez se llame pradera, al socaire de algunos árboles moribundos, jún-tanse dos ó tres mil miserables sin puesto, probablemente, en el padrón municipal. Llámase aquello los *Viernes de la Doctrina cristiana*, porque á escucharla van aquellos pobres. No la predicán ni la enseñan esos sacerdotes atildados, de relucientes hebillas, que vemos por ahí consagrados á más substanciosas tareas; van verdaderos y humildes cristianos, que se reparten en grupos aquel ejército de hambrientos y les dan, al par que la enseñanza evangélica, alguna oportuna y bendita limosna. No sé yo si irán ellos por la limosna ó por la enseñanza, si reciben ésta con fe ó la oyen sólo á trueque de aquélla; pero sé que hay en aquel templo, abierto á los cuatro vientos de la mendicidad, unción y compostura

que raras veces se observa en esos templos abiertos sólo al perfume de la gente distinguida.

En la que se reúne allí, la miseria también es «distinguida.» Distinguesela á la legua en aquellos rostros desmayados. Asómase á los ojos en sombra la miseria moral, y á la color indefinible del rostro en los huesos se asoma la miseria física. La doctrina de Cristo explicada al modo bíblico en aquella rusticidad de parábola, alegra á los ojos que agonizan, como enciende los colores moribundos el mendrugo repartido en piadoso regalo.

×

Ante aquel espectáculo, nuevo para mí, me detuve, hasta que de la contemplación absorba me apartara el ruido de un coche. El oropel que brillaba en los galones del cochero y del lacayo daba á aquel cuadro de hambrientos una nota de extraño contraste. El contraste, sin embargo, no me pareció de esos injuriosos que se complace en pintarnos el poeta callejero cuando á la sombra de un esplendor ve agonizar á un triste. El lujo de aquel coche y la dorada librea de aquellos criados, en aquel lugar en que todo era pobre, la naturaleza y los hombres, no me pareció un insulto, sino una melancólica sorpresa.

Melancólica al principio, agradable luego, pues era el Gobernador que iba á visitar su Asilo, enclavado allí enfrente.

—¿Qué hace usted ahí?

—Miro esto, que no lo conocía.

—Pues venga usted á ver el Asilo, que tampoco conocerá.

No conocía, no, ese Asilo fundado hace un año por la Sociedad Protectora de los Pobres, y por el Sr. Aguilera mejorado y cuidado con paternales desvelos. Aquellos dormitorios amplios y ventilados; aquellas camas con que nunca pudieron soñar los que ahora duermen en ellas; aquellas salas de humildísimo aspecto, pero de confortable temperatura; la escuela y los talleres en que la letra escrita y el trabajo son para aquellos mendigos ignorados continentes; la capilla modesta como la religión misma; la enfermería purificada por el perfume de la hermana de la Caridad; la cocina humeante y la despensa azorosamente provista por una perezosa caridad; todo aquello revela en el Sr. Aguilera un esfuerzo constante y un enorme trabajo.

—¿Muchas de estas cosas se las habrá dado á usted la industria de Madrid?

—En Madrid no hay industria.

—Pero hay comercio, y éste sí le ayudará?

—Sí, el comercio de Madrid es generoso, caritativo; pero su ayuda no puede alcanzar á mucho, porque atraviesa una crisis penosa.

—¡El pan! Eso lo tendrá usted en abundancia. Los tahoneros, á quienes arregló usted el conflicto último, la huelga de sus obreros...

—Todos me ofrecieron entonces darme cada uno un pan diario... Ya se van cansando.

—Pero ahí están los Tenientes Alcaldes, que todos los días decomisarán el pan falta de peso y se lo enviarán á usted.

—Pero ¿decomisan los Tenientes de Alcalde?

—Si no eso, la limosna de todos los que la dan vendrá á parar en el asilo.

—¡Psh! La limosna es más fácil darla en la calle al mendigo que nos asalta, y más inmediato el entregarla á los que van á pedirla á la puerta.

—Entonces, ¿cómo se sostiene esto, de qué viven esos seiscientos mendigos arrebatados al hambre y al crimen?

—¡Oh! amigo mío, la caridad tiene misteriosos senderos...

—Y fervorosos apóstoles...

×

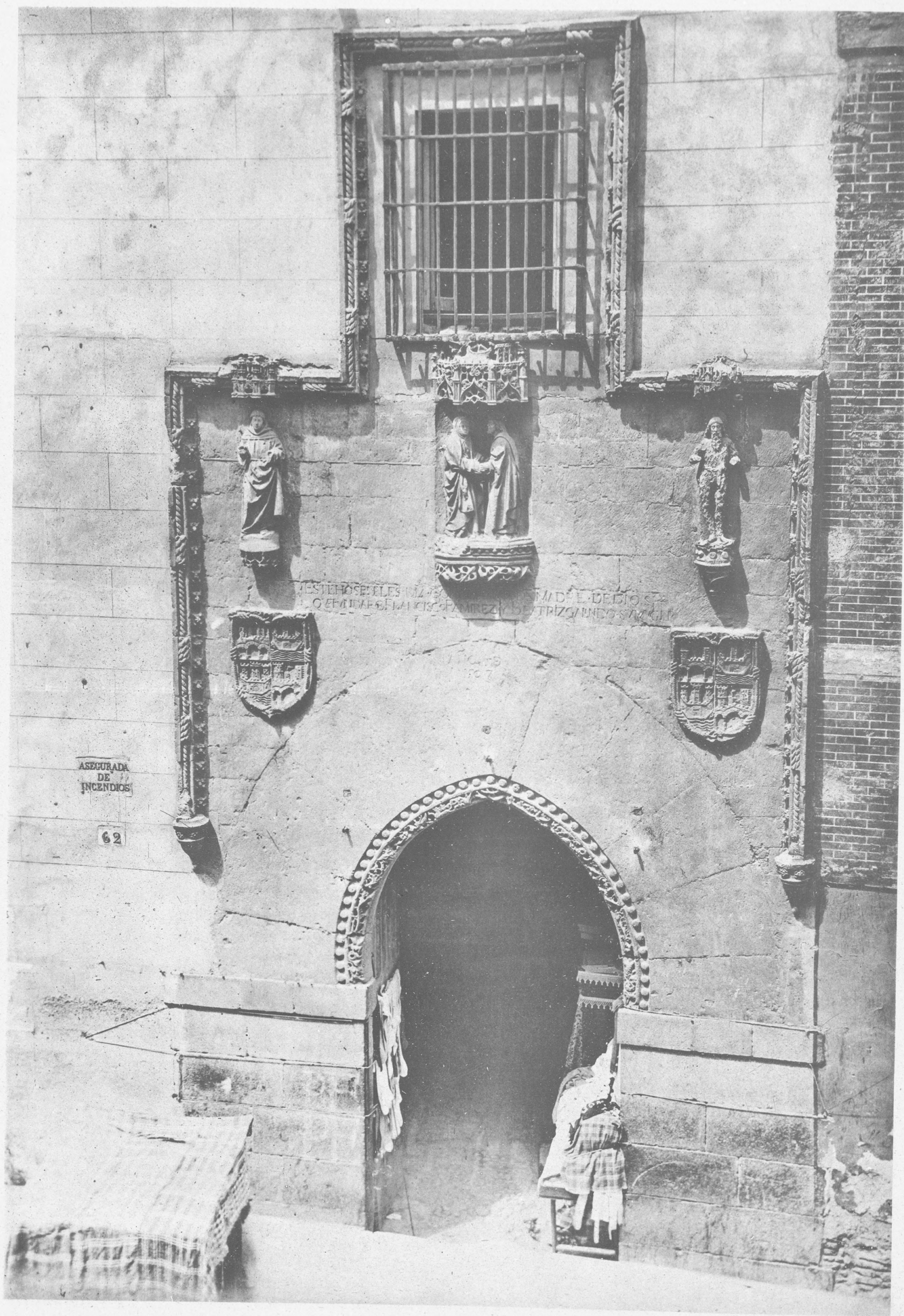
Quedóse en su Asilo el Gobernador, repartiendo á los pobres de «La Doctrina cristiana», que á él acudieron, una abundante limosna, y volvíme hacia Madrid, creyendo que aquellos tres ó cuatro mil pobres congregados junto al Manzanera mendicante en su *Gran parada* de los viernes, serían todos los de nuestra villa orgullosa. ¡Vana creencia! En todas las calles y en cada esquina, á la puerta de todas las iglesias, en las paradas de todos los tranvías, humilde ó insultante, en todas partes tropezábase con gente que implorase caridad. Creíalo una ilusión óptica, una trágica é inconsciente evocación del cuadro que me dejaba á la espalda; pero ha pasado una semana, hoy también es viernes, y no cambia el espectáculo. El Madrid doliente tiene allá abajo sus viernes; ¡pero todos los días son viernes para el hambriento Madrid!

SALVADOR CANALS.

Siempre he considerado á España como á mi segunda madre. Habiendo visitado en mi juventud este hermoso país en todas sus partes, y varias veces después residido por bastante tiempo en Madrid, Sevilla y Granada, me favoreció la fortuna tanto, que sus más grandes poetas, eruditos y escritores como D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Manuel Bretón de los Herreros y D. Agustín Durán me honraron con su amistad. Yo era entonces mucho más joven que ellos, y ahora vuelven mis pensamientos á tan caros difuntos. Sirvan estas líneas como testimonio de grato recuerdo á la memoria de aquellos ilustres amigos.

Roma.

ADOLFO FREDERIGO, *Conde de SCHACK*



Fachada del HOSPITAL DE LA LATINA
(Establecimiento benéfico más antiguo de Madrid)